

TRASLADO DE RESTOS  
DE LOS  
PRIMEROS REYES NAVARROS  
AL MONASTERIO DE LEIRE

---

**E**N lo que hoy son ruinas venerables del cenobio Legerense, donde el eco de la historia de los primeros siglos de la monarquía pirenaica parece repercutir en los muros milenarios de su monasterio, al que Sancho el Mayor llamó Corte y Corazón de su Reino, reposaban los restos de los reyes, reinas y príncipes de la primera dinastía navarra.

La santa paz del sepulcro a cuyo amparo descansaban aquellos venerados restos fué alterada por las guerras y trastornos interiores, que sin respeto a la santidad del lugar, ni al interés artístico y arqueológico de ese monumento en que puede leerse la historia del arte cristiano de los siglos X al XIII, profanaron las preciadas cenizas y dejaron huellas imborrables de destrucción y ruina.

A remediar en lo posible los efectos lamentables de tanto desastre se acudió el 17 de Mayo de 1863. Dicho día subieron al cenobio Legerense los señores cura párroco y alcalde del pueblo de Yesa y dirigiéndose hacia el lienzo en que antiguamente debió estar el altar mayor, acercáronse a varios nichos abiertos en una de las paredes laterales y trasladaron a un arcón preparado de antemano crecido número de huesos humanos carcomidos por el tiempo. Recorrieron después cuidadosamente el solar de la iglesia recogiendo otros huesos que extraídos sin piedad de los nichos estaban esparcidos por el suelo, y cerciorados de que no quedaban más ocultos entre el polvo del pavimento depositaron todo lo hallado en el mencionado arcón.

También recogieron doce tablas viejas que estaban tiradas por el suelo y que contenían los siguientes nombres:

*Sancho Garcés.—Ximeno Iñiguez.—Iñigo Arista.—García Iñiguez.—Fortuno VIII.—Sancho Abarca.—García Sánchez.—Sancho García.—Ramiro XIII.—Andrés Príncipe.—Martín Phoebó Prin. (Príncipe).—Siete Reinas.*

El Secretario del Ayuntamiento extendió un acta de la diligencia referida, la cual se había efectuado cumpliendo órdenes dadas por los señores Obispo (D. Pedro Cirilo Uriz y Labairu) y Gobernador civil.

Las tablas en que aparecían consignados los nombres de los regios personajes no son de la época de los enterramientos, pero no cabe la menor duda de que las referidas inscripciones están ajustadas a la no interrumpida tradición oral y escrita conservada en aquel monasterio, que fué El Escorial de Navarra durante los primeros siglos de la Reconquista.

Hay que advertir que la cifra VIII que acompaña al nombre de don Fortuno debe referirse al número de orden entre los reyes de Navarra, y no a los de su nombre, pues según el cómputo generalmente admitido, el octavo rey de Navarra fué Fortuno II que profesó en el monasterio de Leire y vivió, según las viejas crónicas, 126 años. Otro tanto ocurre con Ramiro XIII (según la inscripción), que fué un infante, hermano del Rey Sancho García, y a quien, aunque no reinó en toda Navarra, se le dió el título de Rey de Viguera.

Recogidos con todo esmero todos los restos hallados en los diferentes lugares del histórico monasterio, y depositados en la urna ya citada, se trasladaron juntamente con las doce tablas a la iglesia de Yesa.

En la sacristía de dicha iglesia han estado durante cincuenta y dos años. Si en los primeros momentos pareció lugar apropiado como de carácter provisional, últimamente ni la modesta sacristía ni el desvencijado arcón con las largas grietas que denotaban su mal estado eran dignos de contener los restos gloriosos de los primeros Reyes de Navarra.

Las quejas por aquel estado lastimoso y vergonzante se iban exteriorizando, la piensa se hizo eco del público clamor, en las páginas de esta misma Revista se aludió discretamente a aquel sensible abandono, eran cada vez más unánimes las censuras.

Atenta la Diputación foral del antiguo Reino a escuchar las justas quejas de la pública opinión, y penetrada al propio tiempo de que al glorificar Navarra su heroico pasado afirma su personalidad alentándola con el ideal grandioso de su gloriosa historia, resolvió trasladar los restos bajo las venerandas bóvedas y austeros muros del monasterio legerense cumplimentando nuevamente la postrer voluntad de los Reyes y príncipes de la primera dinastía navarra.

A este efecto dispuso la construcción en el Monasterio de Leire de un sarcófago, que ha proyectado y dirigido el ilustrado arquitecto provincial D. Manuel Ruiz de la Torre, revelando en sus menores detalles el gusto y competencia que son características de sus obras. Unos leoncillos de factura muy arcaica sostienen el ataúd marmóreo, cubierto por una gran losa sepulcral, severa y elegantemente ornamentada con arreglo principalmente al gusto bizantino. Ocupa el centro de esa losa un gran Crismón o Monograma de Cristo, en cuyo derredor se lee la siguiente adecuada inscripción latina, redactada por el ilustrado archivo de la Diputación D. Carlos de Marichalar:

IN HOC. TVMVLO. QUIESCUNT DIEM. JUDICII. EXPECTANTIA.  
 OSSA. QUORUMDAM. REGUM. REGINARUM.  
 ET. PRINCIPUM. QUI. INTER. ANTIQUISSIMOS NAVARRE.  
 NUMERANTUR. MANEANT. IN.  
 PACE. ET. IN. CHRISTO. NAVARRE. SENATUS.  
 HOC. MONUMENTUM. ERIGI. CURAVIT. II. NONAS JULII MCMXV.

En las vertientes de la losa hay seis medallones, en los que están tallados la figura del rostro del Salvador, los símbolos de los cuatro evangelistas y el escudo de Navarra.

Dispuesto ya todo, se resolvió que la solemne traslación de los restos se efectuara el ocho del presente mes de Julio, en cuya mañana y previa la invitación de la Diputación foral, acudieron el Director de Instrucción pública, Obispo, autoridades civiles y militares, prensa etc.

Al llegar al monasterio, dice un cronista, «pasamos bajo la magnífica portada románica, pasmosa por su riqueza ornamental, cuyo tímpano ocupan estatuas de bizantina factura, y penetramos en la iglesia, libro abierto que muestra la historia religiosa del un tiempo gran cenobio y hoy gran ruina; ruina digna de su pretérita grandeza, pues conserva las románicas ábsides y peraltados arcos de la construcción

cluniacense; conserva la cisterciense bóveda ogival que levantaran los monjes del Císter traídos por el primer Teobaldo y conserva también altares, no antiguos, pero sí viejos, de mediano gusto que revelan la extrema decadencia a que llegó el Real Monasterio en las últimas centurias. Y bajamos a la gran cripta o iglesia baja, obra acaso del siglo IX, bajo cuyas bajas bóvedas, de pesadez deprimente, parecía sentirse el eco de la historia de los primeros siglos de la monarquía pirenaica, que repercutía en aquellos muros milenarios que guardaron mortales despojos de los primeros reyes y príncipes de nuestra tierra, que la elevaron con su cetro a reino de admirable constitución social y que con su espada la defendieron y reconquistaron del enemigo agareno».

La solemnidad dió principio con la traslación procesional de los restos, desde la puerta de la iglesia donde se encontraban a la llegada de las autoridades, al interior del templo.

Los mortales despojos de los Reyes de Navarra estaban encerrados en hermoso arcón de roble, guarnecido de herrajes de estilo visigodo, y colocado sobre enlutadas andas y alumbrado por flameros funerarios, diéronle escolta los maceros de la Diputación foral. Las andas eran llevadas por seis vecinos de Yesa y las seis cintas por D. Eloy Bullón, D. Juan Vázquez de Mella, Conde de Rodezno, Vizconde de Valderro, D. Mariano Arigita D. Blas Morte y señores Gobernadores Civil y militar de Navarra.

Inmediatamente se entonó solemne responso, celebrándose a continuación la misa en que ofició de Pontifical el Ilmo. Obispo de la Diócesis, interpretándose por la Capilla de la Catedral de Pamplona la misa de «Requiem,» de Eslava, el «Sequentia,» de Perossi, y «Responso,» de Ferrer. Después de la misa el Ilmo. Prelado oficiante hizo en breves y elocuentes frases el elogio de los monarcas navarros y del monasterio de Leire.

V. IÑIGUEZ

(Concluirá.)

---

---

TRASLADO DE RESTOS  
DE LOS  
PRIMEROS REYES NAVARROS  
AL MONASTERIO DE LEIRE

(Conclusión.)

Terminada la fúnebre ceremonia, las autoridades y el gentío que ocupaba la iglesia salieron a la inmediata explanada y en ella el elocuente diputado por Pamplona, D. Juan Vázquez de Mella, pronunció un vibrante discurso.

Comenzó recordando las frases del ilustrísimo señor Obispo, que evocaba el recuerdo de aquellos tiempos en que la Mitra de Pamplona estaba confundida con los abades de Leire y dijo que éste era el santuario de Navarra, que con razón se había llamado El Escorial del antiguo Reino.

Pero el Santuario de Leire no fué sólo templo donde se reunían los fieles para recogerse en la oración, Sede episcopal y Real Alcázar, Sala de Concilios y Sala de Cortes: fué también faro luminoso de la cultura patria. Cuando unas hordas extrañas derribaban la cultura de Roma y se cernían nubes plomizas sobre la ciencia patria, los monasterios eran faros que le iluminaban y uno de los más ilustres era éste de Leire, cuyo recuerdo evocaba en una célebre epístola San Eulogio, que vió a los santos varones que lo habitaban inclinados sobre los códices que contenían la sabiduría antigua, y la cultura y la ciencia se salvaban bajo los mantos de aquellos monjes de Leire.

Este monasterio es un relicario donde está custodiada la historia de Navarra. De aquí, como de la Auseva y de San Juan de la Peña, brotaron aquellos ríos de la Reconquista que fueron a reunirse en el Océa-

no de las Navas, donde el último vástago de la dinastía primitiva, coronó los generales esfuerzos de los enemigos de la patria común, cuya formación brotó de aquella batalla.

Debernos inclinarnos ante los restos de esos ilustres reyes de Navarra. No están clasificados esos huesos. Están confundidos los huesos de los reyes, con los de algunos príncipes. Si estuvieran clasificados podríamos formar una hilera de esqueletos mirando hacia el Cielo, que serían una serie de vencidos. Pero ahora que están mezclados los huesos de reyes valerosos, con los cráneos de reinas hermosas, huesos que fueron animados por aquellos hombres de hierro que habían fabricado sus corazas con los arneses y con las armaduras de los corceles que montaban los enemigos vencidos. Se confundieron en sus peregrinaciones por la tierra en un mismo sentimiento y se han mezclado sus restos en la tierra que los navarros defendieron empapándola con su sangre. Así, confundidos, representan mejor, simbolizan mejor la unidad de su ideal religioso y patriótico.

Recordó lo que un escritor dijo de las madres indias, las cuales, después de muertos sus hijos, andaban alrededor de sus sepulturas, para absorber su espíritu y fecundarlo de nuevo, y dijo que los navarros deben asomarse al sepulcro de sus Reyes, no como a una tumba, sino como a una cuna, no a ver cadáveres de cosas muertas, sino a buscar los orígenes de una sociedad grande, a fortalecer sus energías para salvar a la patria.

A continuación pronunció un discurso' muy elocuente D. Eloy Bullón, asociándose en nombre del Gobierno al acto que se celebraba e inmediatamente se firmó la siguiente acta cuya redacción es debida al incansable y erudito publicista navarro D. Julio Altadill:

«A los ocho días del mes de Julio del año de Cristo mil novecientos quince, en el monasterio de Leire, Monumento declarado Nacional por Real Orden de 16 de Octubre de 1867, cenobio refulgente por las virtudes y sabiduría desde este recinto difundidas, templo de justas, vetustas y admirables leyes, Alcázar del Reino Pirenaico, predilecta residencia de nuestros primeros monarcas, panteón de los esclarecidos reyes que vigorizaron la Corona de Navarra y eligieron para mansión eterna este santo recinto.

Rigiendo el orbe católico Su Santidad Benedicto XV, reinando en España Su Majestad Don Alfonso XIII, gobernando la Diócesis de Pamplona el Excmo. e Ilmo. Sr. D. Fray José López de Mendoza,

Reunidos los presente documento firmantes, para que en todo tiem-

po sirva a la posteridad de auténtico testimonio del acto memorable celebrado en el que fué Sagrario de libertades forales sacrosantas a las cuales debe Navarra esplendor y grandeza; ostentando los convocados sus cargos respectivos que a continuación de las firmas se especifican, dan fe de la reintegración al referido monasterio de los restos de los Reyes, Reinas y Príncipes que han sido trasladados al mismo en este día desde la parroquia del cercano lugar de Yesa, a donde se condujeron durante las importantes obras de reparación llevadas a cabo en este Monumento Legerense, habiéndose, a presencia de los suscribientes, colocado aquellos humanos vestigios en sólida arca de roble guarnecida con herrajes, en unión de diversas monedas de esta época y un ejemplar de este documento; depositando dicha arca en el Mausoleo erigido al efecto y cerrándolo con una lápida que confirma el fúnebre traslado al que ha precedido la celebración de solemnes exequias ante los venerables despojos, por acuerdo de la Excma. Diputación Foral y Provincial de Navarra, a propuesta de la Comisión de Monumentos Históricos y Artísticos.

Hacen constar asimismo que al cumplimentarse de nuevo la voluntad de aquellos Reyes, Reinas y Príncipes de grata memoria, restituyéndoles al sagrado paraje que para su eterno descanso eligieran, se ha entonado a toda orquesta el consiguiente responso y a continuación ha pronunciado una elocuentísima apología el Excmo. Sr. D. Juan Vázquez de Mella, Diputado a Cortes por Pamplona; con lo cual se dió por terminada la memorable ceremonia descrita, obteniéndose al propio tiempo dos copias de la presente acta que debidamente autorizadas se entregarán al Archivo de Navarra, para la oportuna referencia.»

De regreso a Pamplona coronáronse los actos celebrados con un espléndido banquete ofrecido por la Excma. Diputación y servido en los salones del Palacio Provincial.

Que el recuerdo del pasado fortalezca las energías navarras y funda a sus hijos en las nobles tradiciones del solar euskalduna.

V. IÑIGUEZ

